

de sus escuderos, y puestas sobre sus caballos árabes parecen, por lo lucidas, por lo poéticas, por lo heroicas, una verdadera legion de reyes, adscrita, como las legiones de serafines al servicio de Dios, adscrita y sujeta al servicio y á la obediencia del Papa.

En tiempos de fe las órdenes monásticas crecian y pululaban. La historia de sus grandes fundadores tan solo se puede comparar con la historia de los grandes Papas. Al convertirse el Imperio en cristiano alcánzale pronto la decadencia antigua así por la corrupcion de Roma como por la vejez prematura de Constantinopla. La fuerza material del nuevo mundo cristiano proviene de los bárbaros; la fuerza moral proviene de los monjes. Estos, en los tiempos evangélicos, en los siglos primeros de la Iglesia, se entregaran al desierto poblado por las obras de sus virtudes y por los milagros de sus creencias. Naturalmente tal soledad y apartamiento del mundo debia traerles muchos enemigos, fundados en las exigencias inmortales de la naturaleza humana. Tenia tal necesidad el mundo de espiritualismo que un orador, como San Juan Crisóstomo, los defiende en la misma lengua, en que Demóstenes defendia la patria terrestre y la libertad humana; y logra aumentar su número al calor de aquella su encendida palabra. La historia no puede olvidar que, aun despues de cristianizada Roma, reinando los hijos de aquel Teodosio que proclamara por un golpe de Estado la nueva religion, perduraban las mas repugnantes fiestas del paganismo; y un monje oscuro, movido de caridad sobrehumana, viaja de Oriente á Occidente para preservar al mundo de tamaña barbarie, y se lanza al circo con los brazos abiertos, junto á los gladiadores desnudos y heridos, interponiéndose, á pesar de los insultos y de las amenazas y de los peligros, entre las espadas desnudas, y cerrando para siempre con su heroico valor aquella gangrenosa herida, por la cual derramara la humanidad tanta y tan pura parte de su sangre. No puede desconocerse que, mientras la fe estuvo viva, las órdenes monásticas fueron poderosas. El siglo cuarto es el siglo del símbolo de Nicea, definitiva fórmula de la fe cristiana; y el siglo quinto puede compararse en grandeza religiosa con el cuarto y aun excedérle, tan solo por haber dado vida á San Benito. Los mayores Papas de la historia han trocado el sayal por la púrpura. San Gregorio Magno ha sido monje en San Andrés y el no menos grande Gregorio VII ha sido monje en

Cluni. Aquellos benedictinos, lanzados en medio de las irrupciones bárbaras, como los ángeles consoladores que vendrán al Juicio Final á llevarse las almas buenas entre el polvo de los mundos derruidos y las cenizas de los soles apagados; aquellos monjes benedictinos, decia, poniendo al frente de sus expediciones la imagen invisible de Cristo, no solo detienen y avasallan á los bárbaros, no solo salvan los fragmentos que flotan sobre el naufragio de la antigua cultura, sino que exploran las selvas inexploradas, amansan las bestias feroces, huellan las nieves eternas, desbrozan los campos incultos, y á un mismo tiempo hermocean las almas con la elocuencia de sus predicaciones y hermocean la tierra con el sudor de sus trabajos.

No puede dudarse que la exaltacion religiosa aviva las órdenes monásticas. En estos tiempos de creencias, Egberto convierte á la Irlanda, el venerable Beda doctrina la Inglaterra desde el fondo de su claustro de Yarrow. Los reyes de la Eptarquía dan frailes á todos los grandes conventos y peregrinos á todas las célebres peregrinaciones. Por un lado se ve á San Bonifacio encender las almas de los anglo-sajones, por otro lado se ve á San David bautizar al país de Gales y ser como su apóstol, por otro lado se ve á San Patricio entrar en los clanes celtas y convertirlos á la Iglesia católica; grandeza que se extiende á todos los tiempos de una fe verdadera y viva, porque el siglo undécimo tendrá á los monjes de Cluni, el siglo duodécimo á los monjes del Hospital y del Temple, el siglo decimotercio á los monjes de Santo Domingo y de San Francisco. Nada prueba tanto la decadencia de la antigua fe católica como la desorganizacion de las órdenes monásticas. Cuando estas suben, sube con ellas el poder de los Papas; cuando estas bajan, baja con ellas tambien ese mismo poder. Los dos siglos mas anticatólicos de la historia en mi sentir son el siglo decimocuarto y el siglo decimoctavo. Pues bien, el siglo decimocuarto abolió los templarios y el siglo decimoctavo abolió los jesuitas.

Antes de que una institucion histórica haya sido asaltada por las revoluciones, pierde muchos de los elementos que la defendian y muchos de los fuertes que la aseguraban. No se toman por el espíritu revolucionario las instituciones fundamentales, sino despues de haber tomado las instituciones accesorias que las defienden y que las guarecen. La revolucion francesa no tomó primero la monarquía; tomó la aristocracia. La revolucion religiosa no



tomó primero el Pontificado; tomó las órdenes monásticas, ó mejor dicho, tomó con una anticipación de dos siglos la orden monástica, que representaba, que mantenía, que vigorizaba el poder, la autoridad, la influencia, la fuerza de la sede pontificia, tomó la orden de los templarios. El nacimiento de esta orden monástica significa el apogeo de la fe católica. Nace en el tiempo de las creencias sencillas, de los milagros múltiples, en que la palabra de los grandes misioneros mueve las piedras como si fueran corazones; y la fe religiosa, enardecida en el sentimiento, lleva los pueblos al través del desierto, en pos de aquella Jerusalén mística, por la cual no se sacrifican como en los tiempos evangélicos meros individuos, sino que aceptan el martirio generaciones enteras. Engendrada en estos arrebatos de la fe esa sublime orden del Temple recibe su regla y su ordenanza de manos de aquel San Bernardo, que parecía una abstracción religiosa y que apenas estaba ligado á la tierra por tenues raíces de un pobre y frágil organismo. Todos recordamos, á pesar de haberse extinguido hace cinco siglos, la recordamos por la leyenda, la recordamos por la tradición, la recordamos por la historia, la recordamos por las artes, esa orden de los templarios, cuyo tipo tenemos grabado así en nuestra retina como en nuestra memoria. Pocos serán los que no puedan fingirse aquellos caballeros pelados al rape, de barba crespa, de rostro atezadísimo, de túnica blanca, de cruz roja al pecho, jinetes diestros en sus caballos árabes, soldados incansables en el manejo de sus armas damasquinadas, presentes á todos los combates de Siria, Egipto y Palestina, guardianes fieles de todas las conquistas perdidas en el desierto, los primeros en los ataques y los últimos en las retiradas, asistentes de los peregrinos extraviados en las vías que conducen á Jerusalén, enfermeros de los heridos y enterradores de los muertos, centinelas del Santo Sepulcro, verdadera caballería andante que hace voto de castidad y se desposa por espiritual manera y en místicos desposorios al pié de los altares con la única señora de sus pensamientos, por la cual vive vida de guerra y muere muerte de mártir, con la Iglesia católica.

Todo cuanto eran, todo cuanto podían, todo cuanto alcanzaban poníanlo á merced del Papa, del representante verdadero de la Iglesia. Herirlos á ellos en el corazón, era tanto como herir al Papa en la cabeza; destruirlos á ellos, era tanto como destruir el muro contra el cual se estrellaban las maquinacio-

nes anti-pontificias. Monjes y soldados, caballeros del mundo y penitentes del claustro, tan dispuestos á una oración como á un torneo, miraban atentos á Roma, y morían por su interés y en su servicio. Su crédito de tal suerte se propagaba por todas partes que, á imagen suya, nacían y se fundaban órdenes militares, destinadas también á la oración y á la pelea. Los caballeros de Santiago en Portugal, los caballeros de Montesa en Valencia, los caballeros teutónicos en Alemania están ahí para decir cómo el ejemplo del Temple se tomaba por todas las naciones, y se seguían sus enseñanzas militares en las cruzadas parciales á que nos condenaba el estado de guerra continuo en la Edad media. Sus privilegios no tenían número, su autoridad no tenía medida, sus riquezas no tenían precio. Los mayores potentados legábanles ricas herencias en sus testamentos; y nuestro buen rey de Aragón y de Castilla, D. Alonso el Batallador, les dejó al morir todo su reino. Conforme retrocedían las cruzadas, aumentaban las riquezas de los Templarios. Los que no podían ir á Jerusalén, y luego se lastimaban de que Jerusalén estuviese en manos de infieles, componíanse con su conciencia y con el cielo, dando en oro lo que no podían ó no querían dar en sacrificios y en esfuerzos. Eran, pues, los caballeros más ricos del mundo. Si la rama, de ellos desprendida, la rama de los hospitalarios, no consumiera tanto tiempo y tanta fuerza en lucha con ellos, marchando bien al revés juntos y amigos, no hay que dudarlo, hubieran conquistado las tierras católicas y se hubieran ceñido la corona de todos los reyes del mundo. Mas la decadencia del Pontificado había de tocar á este ejército pontificio. El retroceso de las cruzadas, si aumenta su riqueza, disminuye su virtud y su fe. Aquellas gentes, que dejaban patria, hogar, familia por la conquista y la conservación de un sepulcro; que tomaran un oficio, cuyo principal ministerio consistía en pelear y cuya única esperanza en morir; errantes por los desiertos eternos, entregados á todas las inclemencias de los cielos abrasadores y á todos los odios y á todas las venganzas de los árabes implacables, en lucha eterna con la naturaleza, juguetes misérrimos del destino, imaginaban cumplir una obra religiosísima en la cual tenían derecho á la asistencia de Dios y se encontraban con que Dios había dado la palma de la victoria á sus enemigos y había puesto el monte de las Olivas, la calle de Amargura, la tierra del Calvario, la tumba de su



unigénito en manos de los infieles, parecidos á predilectos de la Providencia y á poseedores de la virtud sobrenatural de los milagros, que en vano ellos pedían á un cielo sordo á sus ruegos y á un Dios indiferente á sus martirios. Perdido así el ideal antiguo, apagada un tanto la fe en estas reflexiones de escaso valer pero de mucha fuerza en los ánimos militares que creen siempre cosa divina la victoria, relacionados por sus continuos viajes con pueblos orientales é infieles, empezaron ciertamente á mezclar sus creencias con dogmas á ellas extraños, á viciar sus ritos con ritos asiáticos, á pervertir su natural con costumbres propias de los climas ardientes, á practicar la magia y el hechizo, á poner su confianza, ya que Dios les abandonaba, en la fuerza sobrenatural del diablo. No puede negarse ni desconocerse que entre la tierra del Asia y los dogmas asiáticos, entre aquellos cielos caldeados y la magia, entre aquellos combates de los elementos y el dualismo de los dioses, entre aquellos ardores de la tierra y aquellas supersticiones del alma, entre el desierto de la Arabia y las páginas monoteistas del Koran, entre los valles de la Palestina y los versículos de la Biblia, entre las orillas del Nilo y la religion del organismo, entre las espléndidas llanuras de Caldea y el culto de los astros, se anudan relaciones á las cuales no debían sustraerse los templarios, hijos de Europa trasplantados á las regiones del Asia. Convengamos, sí, en que, al retroceder las cruzadas y perderse el ideal de la santa conquista, se relajan las costumbres, se enflaquece la disciplina y se adultera la fe de esta orden monástica.

Pero no fué, no, esta la causa principal de la expulsion de los templarios. La causa principal fué su riqueza y su adhesión á la Santa Sede. La monarquía, que trajo el ministerio providencial é histórico de fundar la sociedad civil á expensas de la sociedad religiosa, no podía cumplir este grande fin, si dejaba una fuerza tan poderosa, una milicia tan bien organizada, un ejército permanente de tan extremado poder en sus rivales y competidores los Papas. Por esta causa moral abolió el Temple. Y la causa material, la causa determinante, la causa segunda, la de ocasion fué su cuantiosa riqueza, tan propia para tentar á reyes pobrísimos como los reyes de la Edad media. ¿De dónde sacar pechos y tributos, si todo el mundo aristocrático se exentaba de tributar y de pechar? ¿De dónde sacar fuerzas si unas milicias pertenecían á los

señores feudales y otras milicias á los municipios democráticos y otras milicias á la Iglesia católica? Por consiguiente, si los templarios eran un poder á servicio del Pontificado, había que destruir ese poder; si los templarios eran una riqueza á merced del Pontificado, había que alzarse con tal riqueza. Desmantelábase de esta suerte una autoridad muy superior, bajo todos conceptos, á la autoridad monárquica. Los reyes del siglo décimocuarto procedían por una verdadera coincidencia histórica, antes de la revolucion religiosa, como procedieron los reyes filósofos del siglo décimooctavo antes de la revolucion francesa. Ni estos ni aquellos querían ni una ni otra revolucion; ni estos ni aquellos tiraban á matar el Pontificado ni á destruir la Iglesia. Unos y otros profesaban con sinceridad y hasta con ardor las creencias católicas; pero en su empeño de remover las órdenes monásticas contrarias á su autoridad civil, y de reivindicar facultades que creían usurpadas por el Papa, procedieron de la misma suerte en los comienzos y en los fines de la monarquía moderna, influyendo sobre los conclave y hurgando los Papas para conseguir la conclusion de los templarios y la conclusion de los jesuitas, ejércitos permanentes de la Iglesia, milicias ardorosas de la fe, columnas firmes del catolicismo.

El proceso de los templarios, como no podía menos, resultó el proceso mismo de la Iglesia. El condenarlos equivalía ciertamente á condenar todo cuanto animara y engrandeciera la Edad media, la fe ardiente, la caballería andante, las poéticas cruzadas. Pero la monarquía para vivir necesitaba matar. Y mató á esta orden, á fin de fundar sobre sus restos despedazados la propia superior autoridad. Cuando el Papa supo que la última condicion impuesta por el rey era la ruina de los templarios, retrocedió espantado, á pesar de sus serviles complacencias cortesanas. Parecióle que los grandes pontífices promovedores de las Cruzadas se levantaban de sus sepulcros á reconvenirle con furor; que los mártires, pasados de esta vida á la eterna entre los arenales del desierto, resplandecientes con las heridas de sus cuerpos transfigurados por el sacrificio y con la fe de sus almas santificadas por la bienaventuranza, le maldecían á una en maldiciones amarguísimas; que el mismo Cristo le preguntaba cómo podía de esa suerte abandonar á los últimos centinelas de su sepulcro y á los últimos guardianes de su Calvario; y en estas visiones,